

“La discapacidad en la infancia: marionetas o niños de verdad”

“Un niño, más allá de cualquier patología, podrá socializarse y compartir su vida con los demás, que, en definitiva, serán parte de él, de su propio espejo.
Sin él no hay integración posible”

Esteban Levin, “Pinochos, marionetas o niños de verdad. Las desventuras del deseo”. Editorial Nueva Visión, buenos Aires, 2014.

Primera escena

Jorge es un niño de diez años, corpulento, parece más grande, lleva el peso diagnóstico de ser considerado un autista, la mirada esquiva, por momentos se pierde y cae en la fugacidad del instante. Se mueve sin parar, gesticula, aletea, silva, se balancea, parece atropellarte con todo el cuerpo, el eje postural se inclina hasta llegar a tocarte, imparable, va y viene. En ese vaivén, circular e inmóvil, el ritmo corporal fijo y la vez desbordante e intenso, no se detiene. En abanico, toca algún juguete, un marcador, los potes de masa, los lápices, las cajas, al hacerlo, sonrío, emite un extraño sonido, una especie de grito. Parece pedir algo, que no alcanzo todavía comprender. En la fijeza de esa experiencia transitoria y repetitiva, toma la masa, se la pone en la boca, la mastica y la escupe, sonrío. Con ambas manos, se aprieta la cabeza, cierra los dientes, se tapa los oídos, simultáneamente toma mi mano para chocarla con la de él, es un discontinuo movimiento manual, estereotipado, ritualizado, congelado, se basta a si mismo consumiéndose en el propio (impropio) ritual. Ritual sensitivo, gutural, postural-motriz.

Segunda escena

Entro en el bar cercano al consultorio, leo y escribo...en un momento, un niño alrededor de seis años con síndrome de down entra y corre por el bar, al tiempo que grita con un sonido gutural que se desprende de sus labios (Ahhhh). Sin mediación se detiene en una puerta interna del local, la abre y la cierra, sin pausa y sin parar de gritar. La mamá observa desde afuera, conversando animadamente con el mozo. El niño con otro empleado, continua golpeando las puertas, las vuelve a abrir, a cerrar, inquieto, sin detenerse nunca, golpea la madera. Se escucha el estruendo del golpe en el portón.

El bar se inunda del grito entrecortado del niño, que sigue con el ruido atronador de la puerta. Gritar, golpear y silencios sin solución de continuidad se perpetúan en un tiempo-espacio que parece no detenerse, sin fin, reproduce y repite lo mismo. La sonoridad estridente y la motricidad acuciante rebotan en eco y se pierden. Detengo la lectura, la escritura, el pensamiento se evade, la resonancia inunda el bar. Me detengo a escuchar el silencio, interrumpido por la escena que acabo de describir.

Frente a las escenas descritas, una de las propuestas más habituales en nuestro medio consiste en procurar, eliminar, suprimir, las acciones del pequeño por medio de estrictas enseñanzas, de pautas neuromadurativas, comportamentales, hábitos (de higiene, sociales, culturales, etc.) y ejercitaciones para lograr conductas eficaces, experiencias adaptadas a pautas preestablecidas que limitan al niño de acuerdo a distintos parámetros estandarizados de antemano. Sin ninguna duda, de este modo se excluye cualquier variante subjetiva e histórica. En este sentido, se puede domesticar a un sujeto niño pese a que él en su soledad, no deja de sufrir.

No podemos dejar de recordar la novela de Daniel Defoe, Robinson Crusoe. Cuando Robinson naufraga, llega a la desierta isla, para él la naturaleza se le presenta como amenazante y al mismo tiempo, extraña y desconocida. Cuando se recupera del naufragio, rápidamente procura domesticar, amaestrar, a todo lo que lo rodea y preocupa. Para ello establece límites, construye cercas, espacios, resguarda su casa por todos lados, encierra algunos animales, plantas y protege la comida. De esta manera, “domestica” a lo que él denomina “la isla de la desesperación”. Para no desesperar, la somete a todo su poder. Constantemente delimita y marca nuevos límites para dominar y controlar las diferentes variables posibles. De un día para el otro, se transforma en el amo y señor de lo que pasa en su territorio. Coloniza indefectiblemente, la isla.

Cuando Robinson descubre la huella de un sujeto, de Viernes, al mismo tiempo que deseaba encontrarse con alguien humano, también se desespera. Prima el temor y la ansiedad, atemorizado por lo que implica la presencia de otro y por lo que podría pasarle al encontrarlo, trata denodadamente de manejarlo a su antojo y adueñarse de su vitalidad subjetiva, para transformarlo en un “autómata”, un sirviente o un esclavo que solo puede realizar las acciones, los comportamientos y las conductas que él, el soberano rey de la isla, decide y pretende. Viernes (el esclavo) es sometido al imperativo certero de Robinson (el amo).

Pensar la “ficción de Robinson Crusoe” en relación a la comunidad de los niños discapacitados (los que no tienen comunidad), nos lleva a considerar el trabajo comportamental que se realiza cotidianamente con ellos. En los cuales, muchas veces, se termina domesticando al sujeto-niño en pos de la propia metodología en cuestión. Se busca exclusivamente lograr las metas, objetivos y contenidos propuestos y se anula al otro en su carácter de semejante, de posibilidad de enlace hospitalario, social y productor de nuevas experiencias infantiles.

Cuando un niño se lo somete a un régimen de consignas, conductas y acciones que, indefectiblemente, tiene que hacer en forma uniforme, homogénea, constante y rígida en función de un supuesto diagnóstico se invalida cualquier realización subjetiva. El pequeño se somete al poder de turno, en este caso, del “soberano” terapeuta quien estipula premios y castigos en función de cada uno de sus logros a nivel verbal, cognitivo, social, motriz, práxico, funcional, normativo. Finalmente, de este modo, se logra amaestrar al sujeto que hay en cada niño. Con las consecuencias y costos que este procedimiento genera en los pequeños, en los padres y en el establecimiento escolar al cual concurre. La imagen de saber-poder, desde esta perspectiva de trabajo, nos remita a la exclusión de cualquier producción subjetiva en la cual exista y se reconozca como sujeto.

Como venimos planteando, nosotros partimos de la producción subjetiva que el niño realiza, aunque ella no se dirija a nosotros o resulte (en un primer momento) indiferente. Desde ese escenario, enmarcamos la escena que anticipamos subjetivamente para relacionarnos con él. En este sentido, la puerta puede ser un amigo, un títere, un personaje con quien hablar o jugar mientras se mueve, se enoja, protesta o se ríe. El grito gutural deviene melodía, ritmo, canción, palabra o comunicación, saludo, protesta, pedido, reclamo, demanda o enojo...

No sabemos que puede suceder, como responderá o como se generará el lugar propicio para el “entredós” trasferencial. En ese espacio, a partir de relacionarnos a través del hacer, de la experiencia con él, se inicia un recorrido-no sin riesgo e incertidumbre-a sostener y sustentar en cada encuentro. Será la posibilidad del nacimiento de un nuevo acontecer, donde la puerta puede tener la llave para cumplir su función y conquistar el funcionamiento simbólico, al atravesar el portón algo ocurre, algo le pasa, tanto al niño como al otro (el terapeuta, el educador o aquel que en esa instancia suponga un sujeto en escena).

Retomemos la primera escena. Al comienzo de este artículo relate la primera impresión al encontrarme con Jorge en el consultorio. En estas primeras entrevistas diagnósticas, en un momento, me ofrece su mano para “chocar” la mía. Es un toque espasmódico, ni siquiera intenta agarrarme, tampoco es una caricia, con su mano, palma para arriba, toca la mía y retira abruptamente la suya. Armo una secuencia, entre toque y toque, se genera un cierto ritmo, sostenido en la fragilidad del tacto, que no alcanza todavía a transformarse en gestualidad demandante.

Después de ese toque, Jorge continúa con todo el movimiento descrito, imparable, desbordado, solo se detiene para “chocar” mis manos con las suyas. Nos interrogamos, este toque: ¿Sostiene el germen intocable del afecto necesario para devenir el acto de acariciar a un otro, que a su vez le devuelve el don de la caricia?

Cuando Jorge toca mi mano con la suya, me mira, sonrío, modifica la gestualidad. Es la primera vez que registro la mirada franca de él. Nos miramos, mientras lo estoy haciendo, le hablo. Surgen algunos sonidos indescifrables, mezcla de silbidos, canturreos, palabras, vocales sueltas y consonantes que sin embargo, tienen una cierta rítmica, semejante a una melodía que se suelta, cae y se pierde sin sustento que la unifique. Repito esa sonoridad, junto con el ritmo que se genera al mirarnos y tomarnos las manos. El espacio del “entredós” trasferencial entre Jorge y Esteban, se empieza a crear, en el “entre” surge la singularidad de las experiencias, en el contrapunto de esa sonoridad invocante y convocante.

El ritmo corporal pulsional adquiere consistencia a través de la experiencia cuyo movimiento nos convoca a jugar con los ruidos, onomatopeyas, sonidos acentuados, tonalidades y prosodias que surgen en medio de sonrisas y movimientos gestuales. Si bien la sonoridad que emite se fragmenta y dispersa, empieza a unificarse en el ritmo de la realización escénica, lentamente, ortopédicamente, se constituye en varias secuencias.

La sonoridad gestual inicia la producción de subjetividad. Jorge crea sentidos nuevos, variaciones de la experiencia que se enriquece en la plasticidad que lo causa. El cuerpo de Jorge deviene ritmo, ecos de espejos que repercuten en el “entre” toque, dando lugar a otras dimensiones que con anterioridad no se vislumbraban.

Los toques a través de las manos se intensifican, dialogan en lo intangible de la tactilidad. La musicalidad toma forma gestual. En estos matices de la escena, un nuevo y llamativo gesto aparece: Jorge toma aire y sin dejar de mirarme, infla con él sus cachetes. Sin mediación, toma mis manos y las lleva a su rostro inflado para desinflarlo. Al hacerlo, instantáneamente se produce un estridente sonido. Al oírlo, surge la comicidad, los dos reímos a carcajadas, riéndonos de la invención de la nueva exclamación graciosa. Se produce la singularidad sonora donde se pliega el placer de crear nuevos sentidos enunciados a través de la experiencia trasferencial.

Jorge toma mis manos entre las suyas, sensiblemente infla los cachetes de aire, demora unos segundos, en los cuales sonreímos y se genera la demanda. Al hacerlo, repite en la diferencia un espejo móvil, que produce la plasticidad (simbólica y neuronal).

La resonancia, la inflexión afectiva, intocable de la escena, resignifica el toque ya no como “choque”, “golpe”, o “agresión”, sino como musicalidad que unifica un sujeto sin fragmentarlo en funciones y adquisiciones verbales, corporales, gestuales, cognitivas o comportamentales. La composición de la novedad de la nueva gestualidad, potencia una singular demanda abierta al otro a través del ritmo, el tono, el eje corporal, cuyo umbral vibra y enuncia la aparición de un sujeto, Jorge, cuyo movimiento pulsional, escénico, nos invita y convoca a otra escena, donde lo imposible se torna posible en el “entredós” que creamos y al dar a ver a un sujeto, que al encontrarse con otro, puede ser él más allá de cualquier técnica, método o diagnóstico.

Jorge llega, abre la puerta e infla sus cachetes llenos de deseo, del placer de desear y se lanza a jugar a lo imposible (gesto, sonrisa, sonoridad, canturreo, silbidos) para crear la plasticidad necesaria de la posible subjetividad en escena.

Finalmente, un niño como el que entró abruptamente al bar golpeando puertas o Jorge, chocado y golpeando las manos, puede ser considerado un objeto, una simple marioneta. El filósofo Jacques Derrida parece darnos respuestas, cuando en el seminario: “La bestia y el soberano”, volumen I (2001-2002), no deja de interrogarnos: “¿Tienen las marionetas un alma, como se preguntaban antaño acerca de las mujeres y de las bestias? ¿Son solamente sustitutos y prótesis mecánicas? ¿Son, como suele decirse, de madera? ¿Insensibles e inanimadas? ¿Espontáneamente inanimadas, no disponiendo soberanamente de la propia fuente, de su animación, de su propia alma? ¿O pueden, por el contrario, aspirar a esa gracia que concede la vida o que la vida concede? ¿La marioneta es quién o qué?”.

La vida de Pinocho dona la potencia de una respuesta venidera, él no deja de preguntarse, qué hay que hacer para ser un niño de verdad. Las desventuras que experimenta, parecen ser la respuesta, pues la nariz que crece, imparable, no deja de decirnos que él es un sujeto que fantasea, imagina, sufre y piensa. Como el niño que atraviesa la puerta y entra al bar, para encontrar ciertamente una posible llave de salida o Jorge, que toca la mano del otro, para procurar devenir caricia, y de esta manera, entrever la sutil respuesta de lo intocable. Si hay sujeto, hay deseo y el deseo no se toca, hay que crearlo en la experiencia relacional con el niño, para que ella devenga acontecimiento subjetivo.

esteban Levin
estebanlevin@lainfancia.net
www.facebook.com/LaInfancia
www.lainfancia.net